

COMUNICACIÓN

*“PLAZA DE LA LIBERTAD  
Y LA DEMOCRACIA Dr. Raúl  
Ricardo ALFONSÍN” Y LA  
IDENTIDAD BARRIAL*

“A 190 AÑOS DE LA ENTREGA DE CHACRAS”  
14 DE MAYO 1821-1911  
“150 AÑOS DEL PARTIDO DE LOMAS DE ZAMORA ”  
SEPTIEMBRE 1861-2011

Carlos FERNANDEZ  
MIEMBRO DEL INSTITUTO HISTÓRICO MUNICIPAL

Cuando abordamos alguna temática histórica nos planteamos si la misma tiene el tiempo suficiente para un análisis objetivo que permita convertirla en un hecho histórico.

Sobre el particular debemos señalar que son numerosas las teorías y definiciones sobre el concepto de la historia como ciencia que estudia el pasado de la humanidad se trate de sucesos, lugares o personajes.

La mayoría de los historiadores, principalmente desde la segunda mitad del siglo XX, consideran a la historia una ciencia social y su estudio como disciplina académica es abarcativa de sus respectivas carreras, además la existencia de entes u organismos y publicaciones dedicados al estudio de distintas realidades, en este caso en particular, al de la identificación de un lugar y sus caracterizaciones.

Distintos autores y trabajos han planteado cuál es el tiempo que ha de transcurrir para considerarlo viable como hecho histórico. Ello varía según la temática a analizar, pues la cercanía al mismo le quita objetividad al análisis a realizar, donde hechos y personajes aún no han decantado el lapso que exige su tratamiento.

Ello, indudablemente, varía según el tema, especialmente cuando se trata de hechos y personajes que han tenido una controvertida participación. Pero a su vez, la sociedad moderna tiene tal vertiginosidad que exige acortar los tiempos en su análisis, aún cuando no haya transcurrido el que se exigía en otras épocas.

Otro de los puntos a observar se relaciona en cuanto a las fuentes en análisis, en tanto si la misma solo deben reservarse a lo documental, o ante su inexistencia o escaso material, generalmente por nuestra falta de archivos, puede acudir al conocimiento a través de aquellos que han participado, que fueron testigos o recibieron noticias de hechos y personajes, con lo cambiante que ello puede ser, como lo es el ser humano. Pero, aún, cuando existen documentos muchos de ellos también han sido escritos con criterios subjetivos.

En el tema en tratamiento ha pasado el tiempo suficiente para su desarrollo, donde no se encuentran en pugna intereses contradictorios. Sin embargo son pocos los elementos documentales o archivológicos a los cuales acudir, lo cual hemos de cubrir con los pocos vecinos que han tenido las vivencias de hechos y personajes.

Aún con las falencias apuntadas, entendemos necesario registrar estas realidades donde se refleja la identidad de un barrio a través de sus lugares, de sus instituciones y desde lo afectivo, de sus personajes.

Como conceptualización debemos señalar que en la identidad no existe semejanza. Ella exige una igualdad absoluta, tanto en lo sustancial como en las formas; solo se da consigo mismo.

La identidad rigoriza caracterizaciones muy particulares que sirven para exhibir rasgos únicos, lo cual nos permite percibirla como tal sin posibilidad de confundirla.

Ella no surge por generación espontánea ni de improviso, sino que se trata de un largo proceso, el cual tampoco es químicamente puro sino que el tiempo lo va modelando, y en el caso de los pueblos y sus espacios públicos, en su esencia sociológica, por los rasgos fenomenológicos de una comunidad determinada.

En el desarrollo de su historia, partiendo de sus propias raíces y de las influencias que recibe, van delineando sus aspectos característicos y configurando con ello su perfil cultural.

El hecho cultural se modela con la vida y los actos diarios de todos aquellos que forman parte de esa pequeña sociedad. En dicho camino y en su objetivo de identificarse comienza por mostrar sus perfiles culturales, resumido en la vida de su gente.

¿Cuáles son los elementos materiales y especialmente espirituales que sirven para exhibir un lugar determinado y los lazos de quienes lo habitan?

En la respuesta a dichos interrogantes hallaremos las coordenadas que nos han de permitir internarnos en esa reconfortante aventura de los valores que sirven a un lugar determinado para exhibirse como tal ante los demás.

Ello se encuentra conformado por las historias personales de quienes lo han construido. La vida nos enseña que la sumatoria de esas pequeñas historias construye realidades sociales generales.

Cuando alguna pensé en cambiar de hábitat, quizá deslumbrado por “las luces del centro” o su oferta cultural, mi mujer me volvió a la realidad de mi identidad. Hubiera sido un gran error pues habría perdido mis raíces.

No solo a uno lo une el lugar donde nació, sino también en el que creció, desarrolló su madurez y enterró sus afectos.

Esas pertenencias están referenciadas con el paisaje, los personajes que le dan vida y con los olores que la recrean y que aspiramos cuando transitamos sus calles.

Para alguien que caminó su barrio, acudió a algunos de sus colegios, que gozó de niño los juegos de su plaza, que conoció y recibió las enseñanzas de sus personajes, todas esas percepciones y afectos le han transmitido una personalidad que pasa a formar parte de su inventario personal.

Es lo que ocurre con mi barrio, quizá un poco ampliado y enmarcado por las calles Alvear-Piaggio hasta Santa Fé y desde Boedo hasta Colombres, en Lomas de Zamora, perteneciente a este sufrido conurbano de la Provincia de Buenos Aires.

Dentro de esa demarcación no solo ha transcurrido la vida de sus vecinos sino también las de sus instituciones que lo identifican frente a los demás barrios.

Pero quizá debemos fijar un centro neurálgico del mismo y para eso nada mejor que hacerlo con la hoy denominada “Plaza de la Libertad y la Democracia Dr. Raúl Ricardo Alfonsín” simplemente “Plaza Libertad” para los vecinos.

En ese reducto histórico han sido innumerables las historias de vida en las cuales se han volcados las tristezas y las alegrías de sus actores, tanto de aquellos que incidieron en darle brillo como en los que la gozaron, vivieron en sus alrededores o simplemente llegaron desde otros lugares para compartirla.

La plaza del pueblo o del barrio debemos significarla como sinónimo de espacio público donde se nivelan todos los sectores de la sociedad. Allí, como ocurrió con la ley de educación común más conocida como ley 1420 y su guardapolvo blanco, todos estamos bajo el mismo cielo. Está constituido por un lugar lúdico, abierto y sin costos,

que se contraponen a los espacios cerrados dedicados al consumo, donde se exhiben diferencias de pertenencias.

En lo que hace a esta plaza, pese a la importancia barrial que la misma ha tenido y tiene ha sido casi inexistentes los trabajos que se conocen sobre su historia, y más allá de algunas referencias en otros trabajos, como los del deporte (textos y fotos de Hugo C. Bento en "Los Andes Mil Historias Mil Rayitas" en Noticia de Lomas de Zamora), o cuando se referencia las plazas del Partido, solo he podido acceder a un pequeño pero enjundioso trabajo de Federico Gastón Guerra en "Reseña histórica sobre la Plaza Libertad", facilitado por la Municipalidad de Lomas de Zamora al igual que los decretos de su creación y planos de su estructura, a todos los que agradecemos su colaboración para poder desarrollar esta historia.

La misma, antes de tener su actual destino, supo ser una de las tantas quintas que poblaban el distrito o luego campo de juego de uno de sus clubes paradigmáticos.

Esta zona, como la mayoría del partido, salvo el "centro", no tenía gran cantidad de habitantes y solo algunas casas habían sido levantadas en esas calles de tierra que se confundían con sus lotes. Lomas de Zamora tenía, según el censo de 1914, una población de 59.874 habitantes, que pasado 100 años llega a los 600.000.

Recuerdo que mi "viejo", Enrique Fernández al que se lo conocía como "el gallego Fernández", de profesión electricista desde los 14 años en la "Casa Pasalaqua" siempre me refería que el adoquinado llegaba hasta las calles Alvear y Piaggio, luego era patrimonio de las polvorientas calles de tierra en verano y lodazales durante la época de lluvias que convertían ello en una aventura diaria poder llegar a su casa de Gorriti al 1100, precisamente a pocos metros de la actual Plaza Libertad, donde había nacido en 1911.

Un año antes, el 5 de noviembre de 1910, mi abuelo Enrique, de profesión carpintero, había adquirido el lote de Benito Arias ante el escribano de Lomas de Zamora Luís E. Grasso, y laboriosamente construido con gran esfuerzo una austera vivienda para alguien que había llegado poco tiempo antes de su Galicia natal, como tanto otros inmigrantes que lo hicieron en búsqueda de mejores condiciones de vida, junto con su mujer Emilia Blanco y su hija María. Adquirió ese terreno, pudiendo hacerlo más en el "centro" pero él consideraba que ese sería el "centro" de Lomas de Zamora por su ubicación en una lomada desde la cual se puede ver la bajada hacia ambas direcciones. Quizá no tuvo en cuenta la llegada del ferrocarril.

Estos relatos personales pintan la realidad de esta zona donde nuestra casa era una de las pocas que se levantaban en el lugar y el resto solo campo travieso y algunas quintas, entre ellas la ocupada por la manzana de la hoy Plaza Libertad, u otras como "La Pochocha" que abarcaba la manzana de las calles Gorriti, Pasaje Solari, Laprida y Alvarez Thomas, o aquella que circundada por las calles Loria, Díaz Velez, Gorriti y Olazábal, cubierta con viñedos de uva chinche que fuera la primera cancha del Club Los Andes, en la zona oeste del Partido, cuando se trasladó del primitivo campo de juego en Matheu y Pedertera, en la zona este; donde con maderas

de cajones para embalaje de automotores levantara su primera casilla utilizada como vestuarios.

La manzana de las calles Gorriti, Posadas, Laprida y Fray Luís Beltrán pertenecía a los Marcellini; antigua familia de Lomas, que entre otras actividades fueron los dueños de la casa de pompas fúnebres homónima. Sus generosas medidas estuvieron cubiertas de árboles y frutales que daban serenidad y frescura a la zona en las épocas de tórridos veranos, además de permitirles a los pocos chicos del barrio apropiarse de algunas frutas a hurtadillas de sus dueños.

Seguramente esas tierras hayan pertenecido a aquellos primeros vecinos en la época del reparto de tierras. Registralmente nos encontramos con la dominialidad de Coni Ferrarotti y Lumsden quien lo adquiriera mediante compra inscripta con el número 29.322 Serie A del año 1890. Luego en su Concurso que se tramitara ante el Juez de Primera Instancia Manuel Cigarraga lo adquiere don Rafael Marcellini por escritura del 20 de abril de 1892 ante el Escribano Dámaso Salvatierra la cual se inscribe al folio 9097 Serie B del año 1893.

Posteriormente y ante el fallecimiento del señor Marcellini y de otros herederos se producen varios trámites sucesorios de los cuales van surgiendo distintos titulares e inscripciones como las Declaratorias de Herederos números. 1746/53, 2376/56, 5617/63 o la adjudicación 1133/64 a nombre de Viviani, Amelia Albina, Marcellini Jorge César Augusto, Julio Eduardo, Blanca María Magdalena de Landa, Garbesi, Emilia Inés de Marcellini, Marcellini y Viviani, Juan Manuel, Pablo Serafín, Marcelo y Baldassaree, Ricardo Juan Manuel, Mernoff, Abraham y Marcellini Manuel.

Pese a la tremenda crisis económica mundial, que además de impactar al país en 1930 se producía el derrocamiento del gobierno democrático de Hipólito Yrigoyen a través del golpe cívico-militar encabezado por Uriburu, el que habría de abrir un ciclo nefasto para el país. Aún en tal situación económica-social el Club Atlético Los Andes suscribió un contrato de alquiler con la familia Marcellini por la suma de ciento cincuenta pesos moneda nacional mensuales y el 26 de abril de 1931 inaugura su nuevo campo de deportes.

Debe recordarse que la institución fue fundada el primero de enero de 1917 como "Los Andes Foot-Ball Club" tomando su nombre en homenaje a los aeronautas argentinos Eduardo Bradley y Angel María Zuloaga que el 24 de junio de 1916 habían cruzado por primera vez la Cordillera de Los Andes en globo, alcanzando una altura de 8.100 metros. Entre sus iniciadores estaban Adolfo Langet, Marcos Panizzi y Eduardo Gallardón, que a la vez formaban parte de su plantel de futbolistas, adoptando al principio una camiseta de color celeste con una franja horizontal blanca, para luego, tomando el ejemplo de Sportivo Barracas que tuvo la primera camiseta con rayas verticales angostas azules y blanca, adoptar un similar diseño con los colores blanco y rojos y pasar a ser conocido como las "mil rayitas", aunque hoy en la modernidad, como ocurre con las demás instituciones deportivas, aparecen otros modelos optativos producto del "marchesing".

Antes de la llegada al predio de la calle Laprida debe recordarse que el club pernoctó primero en unos terrenos que hoy ocupan las calles Lamadrid, Pedernera, Viamonte y Arenales, y allí se levantó la primera casilla con cajones donde se embalaban los automóviles que llegaban al país, gracias a los 150 pesos donados por Pedro Gallardón y donde comenzaría su trayectoria futbolística e institucional, afiliándose en 1922 a la Asociación Argentina de Football, que luego de fusionarse con la Asociación Amateur conformarían la Asociación Argentina de Football; en tanto que en ese mismo año obtuvo el ascenso a Intermedia.

Más tarde se trasladaría a otro terreno en las calles Matheu y Pedernera, también en la parte este de Lomas de Zamora, pero dada la cercanía con la cancha del Club Atlético Banfield se decidió trasladarlo a la parte oeste de Lomas, alquilando una manzana del barrio delimitada por las calles Gorriti, Díaz Vélez, Loria y Olazábal que trataba de otra quinta cubierta por viñedos de uva chinche donde estuvo durante varios años.

En la manzana de los Marcellini el club de las mil rayitas inició sus actividades un 26 de abril de 1931 donde participó una gran concurrencia que presencié carreras pedestres, una suelta de palomas y un partido de basket, antes del plato fuerte del encuentro futbolístico contra Nacional de Adrogué al cual venció por 1 a 0. El campo de deportes del club permaneció en este predio hasta el 28 de septiembre de 1940 en que se trasladó al flamante estadio de la calle Santa Fé entre Boedo y Portela, con la entrada famosa por Boedo y Estrada, que con el tiempo habría de llevar el nombre de uno de sus máximo dirigente: Eduardo Gallardón, en tanto la sede social se encontraba en la calle Carlos Pellegrini entre Laprida y Boedo. En la década de los "50" se trasladaría a la quinta que la familia Agosti Paranetti tenía en la entonces calle Necochea, hoy Hipólito Yrigoyen, entre Sarmiento y Ramón Falcón, y que oportunamente donaran a la institución.

El lugar que abandonara el club tuvo luego distintos destinos entre ellos el de campo de deportes del Club de Rugby Porteño, que en sus inicios era un club de fútbol que dejó de practicarlo por no aceptar el profesionalismo y emprender el camino del rugby. Llegó a Lomas de Zamora en 1951 al fusionarse con el Lomas Rugby Club conformando un equipo que se adjudicó el campeonato de segunda y ascendió a primera división permaneciendo una sola temporada. Luego ocupó distintos espacios hasta llegar a su actual campo de deportes en el Partido de San Vicente.

También en el predio, nos refiere "Cacho" Zanaboni con sus 86 años juveniles años, se construyó un circuito para carreras de motos organizada por el Moto Club de Lomas, donde lo transitara con su moto con sidecar; además había exhibiciones de motos que daban vueltas de 360 grados dentro de una jaula de hierro circular. Su familia es también una de las más antiguas en el barrio. Su abuela Ernesta Radaelli de Zanaboni, quien era viuda de Rafael Zanaboni, había adquirido el bien a Antonio Troncelliti en el año 1925 por ante el escribano de Lomas de Zamora Mariano R. Silles. El inmueble, que hoy mantiene alguna de sus características originales, aún con sus reformas, fue además de vivienda corralón donde se guardaban los carros y chatas que eran utilizados por la familia para el reparto de pan que elaboraban en su local de la calle Laprida al 800.

Zanaboni también nos recuerda que por el predio de la hoy plaza se realizaron famosas kermeses, al estilo de esos tiempos, con gran participación de los vecinos que también concurren, junto a sus familias, a los espectáculos que brindaron distintos circos que llegaban al lugar, donde no solo se realizaban actividades propias del mismo, sino como había sido en su desarrollo el circo nacional, también fue el inicio de nuestro teatro y ello habría de dejar su huella años después con las funciones teatrales en la casa existente sobre la calle Posadas donde durante algunos años funcionó el Teatro Horizonte.

Nacido en 1960 en un predio ubicado entre las vías del Ferrocarril Sarmiento, en el ramal La Plata-Haedo, en Llavallol como "Teatro Escuela Horizonte", deambuló luego por distintos lugares que se le facilitaban, entre ellos dos tranvías donados por el sindicato de La Fraternidad, hasta llegar al predio de la plaza donde estuvieron hasta el año 1975. Allí se representaron obras de autores nacionales y extranjeros, entre otras "El vestido nuevo" de Alvaro Yunke, "El Pan de la Locura" de Carlos Gorostiza, "Panorama desde el Puente" de Arthur Miller, "El pedido de mano" de A. Chejov, "Un

color de soledad” de Andrés Lizarraga, “Para que se cumplan las escrituras” de Agustín Cuzzani o “He visto a Dios” de De Filippo Novoa, entre otros tantos éxitos. Hoy funciona en su inmueble propio de la Avenida Hipólito Yrigoyen entre Oliden y Sarmiento.

Pero en el barrio no solo en el Horizonte se hizo teatro, y del bueno, sino que también marcó toda una época el “Teatro Juvenil” en la calle Gorriti 1535 fundado por José Daniel Silva un 14 de julio de 1952 como teatro vocacional y donde junto a un grupo de amigos y vecinos lanzó la aventura de conformar un elenco y comenzar el camino que cubrió muchas etapas del teatro lomense.

El inmueble donde habría de funcionar fue donado por el convecino y escultor José Antonio Diego y demandó un enorme esfuerzo mediante colectas, rifas, y colaboración de los vecinos para poder adaptarlo a sus nuevas actividades.

Debutó con el famoso sainete de Alberto Vacarezza “El conventillo de la paloma” que resume la época del Buenos Aires del conventillo donde se mezclaban las distintas culturas que habían arribado en los barcos y la de los criollos desplazados, todos en la búsqueda de una realidad al compás de ese tango como nueva música popular urbana de un país que entraba en el siglo XX.

Como señalábamos eran muchos los vecinos que participaron en sus orígenes, pero de ellos rescato dos nombres por la proximidad y el conocimiento que nos ha unido a los mismos. Uno de ellos Héctor Isse, hijo de Emilio un querido y entrañable amigo de mi padre que vivía en Gorriti entre Posadas y Álvarez Thomas, quien con el tiempo adoptaría artísticamente el nombre “Héctor Biuchet” y que tuvo una extensa trayectoria como actor, principalmente en teleteatros.

El otro es Roberto Daoíz, primo de Isse, vecino de la calle Laprida, quien siempre me ha señalado que la actuación era su camino artístico en la vida, pero que luego se cruzara con la locución, e “ISER” por medio, surgiera su trayectoria en las principales radios de la Capital Federal, especialmente como locutor oficial de recordadas audiciones como “Coche a la vista” conducida por don Luís Elías Sojit o las Mañanas con Soldán, llegando a ocupar la jefatura de locutores en Radio Splendid, con el que a veces nos encontramos en derredor de la Plaza Libertad para divagar sobre dos pasiones comunes: el tango y asumirnos como sufridos “mil rayitas”.

En tanto, retomando el camino institucional del predio de la Plaza Libertad, el municipio comenzó las tratativas para que la misma se convirtiera en Plaza Pública. El desarrollo de su tramitación nos ha sido facilitado generosamente por nuestro amigo Norberto Candaosa, empleado y funcionario durante dilatado lapso en el municipio, donde alcanzó su jubilación, además de ser hoy día el Secretario del Instituto Histórico Municipal y reconocido historiador de la región.

En el año 1945 la municipalidad, durante la intendencia de Ernesto Suigo, decide mediante decreto del 26 de diciembre de 1945 comprar la manzana para dedicarla a plaza. Ya durante la intendencia de Mariano Lagraba mediante Ordenanza 1379 del 20 de agosto de 1948 se ratifica esa decisión estableciéndose el precio total de la manzana en la suma de noventa mil pesos para una de las fracciones y de treinta y seis mil pesos para la otra, entregándose una seña de dieciocho mil pesos.

Al año siguiente, con fecha 3 de noviembre de 1949, se declara de utilidad pública y sujeta a expropiación mediante ordenanza 1475 durante la intendencia de Víctor Fortín; en tanto que el 29 de agosto de 1951 el intendente Carlos Poltronieri mediante ordenanza 1513 dispone que el predio se destine a plaza pública. Hacia

finis de dicho año, ante la falta de pago del municipio, los propietarios demandan la rescisión del contrato.

Al año siguiente, el día 3 de octubre de 1952, el Honorable Concejo Deliberante dicta la Ordenanza 1550 la cual en su artículo 1º establece que "...De acuerdo a la ordenanza 1513 y concretándose los anhelos de bien público que de sus disposiciones se desprenden, designase con el nombre "Los Derechos de la Ancianidad" a la Plaza a construirse en la fracción de terreno comprendida entre las calles Gorriti, Fray Beltrán, Posadas y Gorriti, registrada en el Catastro de la Provincia de Buenos Aires en la Circunscripción I Sec. B Manzana 23 y Partida de la Dirección de Rentas No 25236" En el articulado que sigue se determina las características que ha de tener: pérgolas, glorietas, juegos para niños y una fuente de agua en el centro de la misma, estableciéndose el llamado a licitación para la realización de los distintos trabajos, disponiendo para ello de una inversión de hasta 130.000 pesos moneda nacional; estableciéndose por último encomendar al Departamento Jurídico realizar las diligencias para la escrituración del bien a nombre del municipio, abonar el saldo adeudado, señalando contar ya con la posesión del bien.

En cuanto al nombre de "Plaza Libertad", aún cuando no se conoce documento sobre el particular, Candaosa nos señala que se cree que ello sucedió en 1956 durante la intendencia de Alberto C. Novi. En tanto que durante la de Adrián Boffi la justicia dicta sentencia contra el municipio. Años después, en 1964, siendo intendente Oscar Bustos mediante ordenanza 1932 se la declara de utilidad pública y sujeta a expropiación; en tanto que el 10 de diciembre de 1965 se llega a un acuerdo con los propietarios para adquirirla por un monto total de pesos 12.077.544 pagaderos en tres cuotas durante los años 1966, 1967 y 1968 lo cual es aprobado por ordenanza 2012. Se cree que debido al cambio de gobierno municipal, que se produce al año siguiente, la deuda no fue saldada. Ello recién se efectiviza durante la intendencia de Ignacio Candaosa en 1972, con la sentencia del juicio de expropiación iniciado el 22 de noviembre de 1967 por ante el Juzgado en lo Civil y Comercial de la Ciudad de La Plata a cargo del doctor Ricardo Aramburu inscripta dominialmente a favor de la Municipalidad de Lomas de Zamora al folio 1497 año 1972 de Lomas de Zamora.

Durante la intendencia de facto del Coronel Daniel C. García se demuele la edificación existente en el lugar sobre la calle Posadas y Laprida, donde funcionó el Teatro Horizonte, y cuatro años más tarde durante la también intendencia de facto de Pablo A. Rosales se la remodela con el aspecto estructural actual, la cual fuera diseñada y construida por el Ingeniero Juan Carlos Gómez, también vecino del barrio que vivía en la calle Olazábal entre Gorriti y Laprida.

Ello había acontecido en el año 1979. Al siguiente, en 1980, se inauguran dos esculturas, donadas por los escultores Lila Elsa Oliva y por el joven pintor y escultor Daniel Fernández, que vivía en su casa paterna de la calle Gorriti entre Posadas y Alvarez Thomas, en la cual aún lo hace su familia y él mismo tiene su establecimiento comercial, quien nos refirió lo acontecido además de facilitarnos material escrito y fotográfico que volcamos como vívido testimonio.

Precisamente en el Anuario 1980 de la Cámara de Industria y Comercio de Lomas de Zamora, Alberto Fortassin, un amigo del cual nos ocuparemos más adelante, a cargo del mismo, reseñaba sobre este acontecimiento "...La Plaza Libertad, en su segundo año de existencia, obtuvo nada menos que el funcionamiento de una calesita para el solaz de los pequeños y la alegría de sus padres, y en materia de embellecimiento, contó con dos estatuas que, ubicadas a cada lado del majestuoso mástil, indican que se trata de preservar el sentido estético del predio, adecuándolo a

su modernismo y dotándolo de elementos capaces de constituir por sí solos atractivos particulares...

...Merced a las donaciones efectuadas por los artistas Lila E. Oliva y Daniel Fernández, se instalaron en la Plaza Libertad dos estatuas denominadas "Familia" y "Libertad" las cuales fueron inauguradas el viernes 21 de noviembre...".

La noticia también fue recepcionada por los diarios La Unión y la Prensa en sus ediciones del 21 de noviembre donde se detallaban ambas donaciones: "Familia" (núcleo de padre, madre y dos hijos) de la escultora Oliva tenía una altura de 1,80 metros por 1 metro, modelada en cemento patinado, en tanto la de Fernández, "Libertad" (recia figura con un brazo levantado en amplio gesto hacia el cielo); realizada en el mismo material medía 3,30 metros de altura por 0,60 metros de ancho. En el primero de dichos diarios del 22 del mismo mes y de la Prensa del 24 se detallaban el desarrollo que tuvo el acto de inauguración, que tenía como fuente normativa el decreto municipal 305G del 24 de octubre de 1980 que había aceptado ambas donaciones.

Lamentablemente no se cumplieron los deseos de Fortassín en cuanto al mantenimiento de las mismas, las que sufrirían constantes daños por parte de personas desaprensivas y la falta de la vigilancia necesaria. No había transcurrido mucho tiempo cuando el diario La Prensa detallaba en una nota dedicada a la Plaza Libertad y fotos de la misma los destrozos y desmanes que se producían además de la falta de seguridad para los vecinos del barrio. Ello quizá enseñe el tema de la inseguridad y su historia, aún en épocas de gobiernos de facto.

Durante muchos años la Plaza Libertad, como otras del partido, tuvieron un escaso interés por parte de las autoridades, y en muchas ocasiones los pastos la cubrían y los pocos juegos infantiles estaban mayormente deteriorados. Pese a ello los vecinos siguieron concurriendo a la misma, especialmente a su calesita que, con distintas vicisitudes ha continuado funcionando.

En la intendencia de Jorge Rossi, al fallecer el doctor Raúl Ricardo Alfonsín, el Honorable Concejo Deliberante le impone mediante ordenanza 12360 el nombre de "Plaza de la Libertad y la Democracia Dr. Raúl Ricardo Alfonsín".

La norma sancionada en forma unánime por el Honorable Concejo de Deliberantes con fecha 8 de abril de 2009 proclamaba en sus considerandos que "...quien fuera uno de los máximos dirigentes del radicalismo en la historia de nuestro país desde sus cualidades de político de raza, se constituyó en parte de una era en que los hombres desde la pasión y desde la razón se proponían construir teoría y praxis abonando y cimentando ideas y representaciones de una cultura democrática y republicana..." para establecer en su "ARTICULO 1º. Designase con el nombre de "Plaza de la Libertad y la Democracia Dr. Raúl Ricardo Alfonsín, a la actual "Plaza Libertad" ubicada entre las calles Laprida, Beltrán, Gorriti y Posadas del distrito de Lomas de Zamora...".

Posteriormente, durante los gobiernos del actual intendente Martín Insaurralde, junto a otras plazas del partido, además de nuevas luminarias y vigilancia, se le incorporaron juegos y artefactos para el uso y esparcimiento de los vecinos que en gran número la utilizan los fines de semanas para ejercicios físicos, además de recorrer su trazado en diarias caminatas.

También el predio ha tenido íconos mudos o sonoros que han sido testigos del paso de generaciones. Entre ello cabe recordar el reloj de cuatro caras que tuvimos la

suerte de poder admirar, o el mástil con la bandera que ha sido utilizado en muchas ocasiones para actos escolares o municipales y en otras ocasiones ha sufrido el vandalismo idiota.

La calesita funciona en el predio desde hace muchos años; donde durante los fines de semanas y feriados es patrimonio de los más chicos, y grato recuerdo para sus papás y de los abuelos que alguna vez se prendieron a la sortija de su bocha movediza al son de la música de Alfredo De Angelis o de la voz de Américo Barrios en un joropo venezolano famoso en los años cincuenta.

En el recorrido barrial, como suele ocurrir en distintos ámbitos de nuestra historia, se carece de las bases documentales que nos permitan tener verosimilitud a través de su archivo histórico. Para cubrir esa falencia debemos recurrir a antiguos vecinos memoriosos que aún mantienen en su retina el paso de sus personajes como de sus principales lugares y de los hechos más salientes, más allá de las distorsiones lógicas que produce el paso del tiempo. Y así lo hemos encarado con muchos vecinos que generosamente han colaborado para fotografiar esas realidades pasadas.

Presentado el centro del barrio deberemos pasar a desarrollar todo aquello que aconteció en su derredor, se trate de instituciones o de sus principales personajes, pero antes de ello será imprescindible exhibir su realidad edilicia, enrolada mayoritariamente a la que podemos denominar de “casitas bajas” en contraposición a las que militan en el régimen horizontal.

Si bien los tiempos cambian, su fisonomía edilicia mantiene mayoritariamente su coloratura que lo identifica con una forma determinada de entender y de encarar la vida.

El barrio sirve para clasificar distintos tipos sociales que le dan fisonomía y permanencia a determinados grupos humanos.

También sus disímiles edificaciones, sus distintas conformaciones sociales y hasta su rivalidad deportiva o musical ha dado lugar, a lo largo de su historia, a mostrar rasgos propios y distintivos.

Se puede clasificarlos según su tipo edilicio lo que no solo involucra una forma arquitectónica sino principalmente la identificación de quiénes conviven en dicho espacio geográfico.

La pertenencia al barrio, además de su ubicación social, involucra una idiosincrasia con los elementos humanos y materiales que lo configuran.

Muchos se identifican con los códigos de su barrio y ello se incorpora a su personalidad y rasgos propios.

Cuando por determinadas circunstancias se lo debe abandonar para mudar de residencia, se produce un desarraigo propio de la pérdida de sus raíces, y le será generalmente muy dificultoso adaptarse a su nuevo hábitat.

En muchas ocasiones deberá volver al barrio para poder recibir el oxígeno identificador y con el paso del tiempo, volver a habitarlo, como forma de reencontrarse con esas raíces.

Cuando vuelve a recorrer sus calles no solo reconocerá los viejos lugares o los que ya no están, sino que aspirará sus olores y en ellos se reflejarán no solo sus cosas sino también los personajes que lo transitaron.

Así, como recordaba un amigo, hemos de tener noción del barrio en función de los límites que nuestros padres asignaban a sus hijos, cuando en su desarrollo natural salían de la casa paterna.

Serán los 4 a 7 años con juegos en la casa o en la de un amigo. Llegado el colegio primario ya se accedía a otros lugares, al principio acompañado de los mayores, y luego con el hermano mayor o con los compañeros, según la ubicación del colegio, generalmente cercano a nuestra casa

Así iremos reconociendo nuestro barrio y a sus integrantes. Con el tiempo también conoceremos todos sus componentes característicos. Uno, quizá el más reconocido, será la esquina.

La esquina. Escuela de vida? Parecería grandilocuente significarla de tal manera. Pero, analizada en el tiempo, la misma guardaba todo un valor y experiencia de vida. En esa ochava o en su ángulo de 90 grados pernoctaban mayores, y a su lado, protegidos por ellos, aparecían los más jóvenes realizando sus primeras experiencias fuera del ámbito familiar.

No era lugar de extravíos sino de desfile de todos los personajes barriales, y cada uno con su transmisión de vivencias. Cada cual con sus propias experiencias las entregaba a los que se asomaban a la ventana de la vida.

Eran historias muy personales de cada uno de aquellos personajes. De proyectos. De frustraciones. De la charla cotidiana sobre el mármol de la vidriera del algún negocio que servía de guarida barrial.

Aparecía el que quería llegar a ser cantor, siguiendo el derrotero de Carlitos, "vocalizando" junto a sus amigos, quiénes le hacían la música mediante instrumentos vocales, o el que quería ostentar en su espalda el número cinco, el nueve o el diez, emulando a los jugadores famosos del aquel entonces, sin olvidar al que quería ocupar el lugar de Tesorieri, Cozzi, Vacca, Graneros, Roma o Carrizo.

Tampoco faltaban las confidencias en las cuales se relataban las conquistas o desengaños amorosos, como la primicia de la formalización del noviazgo o el casamiento. Eran afectos compartidos por la barra de la esquina, como si el acontecimiento de cada uno de ellos fuera propio de los otros. Y lo era, porque todos compartían los éxitos y los fracasos. Solidaridades simples pero profundas.

Pero también la esquina era propicia para el piropo que glosaba estrofas rítmicas simples y diáfanas, nunca procaces, de acuerdo a las costumbres del momento, aún de los más vagos. También se convertía en lugar de "levante" entre los integrantes de ambos sexos barriales, la mayoría de los cuales llegaban posteriormente a formar nuevas parejas. Todo dentro de una normalidad que hoy, nuestras jóvenes generaciones, seguramente no entiendan, dentro de un contexto de agresión permanente, aún dentro del género afectivo o de los divertimentos, especialmente musicales.

En definitiva la esquina era rincón de afectos que se complementaba con el escenario de sus paradigmáticos personas, como pasaje de la niñez a la adolescencia, muchas veces con la ñata contra el vidrio de algún café, como lo inmortalizara

Discepolín. Luego, nuestros destinos tomarán otros caminos y cada uno seguirá sus propios rumbos.

Como en muchas de esas esquinas, nuestro querido amigo Alberto Fortassín, que por más de 30 años fuera Secretario de Redacción del diario La Unión, además de colega en la Academia Correspondiente del Tango de Lomas de Zamora y miembro del Instituto Histórico Municipal, recuerda la suya en la calle Boedo en su cruce con Almafuerite, donde lo transitara desde el año 1944 hasta 1958.

Quizá sus casas han ido cambiando con el tiempo pero mantienen su estructura de barrio de “casita bajas” y allí especialmente el Almacén de Idolo Bacciadone, hoy donde se comercializan productos del ramo panaderil. Esa esquina, como hemos de transcribir en sus versos, fue lugar de reunión de “cien muchachos”, y en los que nombra representa a todos ellos, como José Isse que trabajara en la carrocería “La Velox” de la calle Boedo o en la carbonería de Mariano Martínez también sobre la calle Boedo, o los hermanos Vecchio, Mingo, Antonio, Quino y Pablo, que jugó en Temperley, Morán, “Balbín” que en realidad se trataba de Mario César Covello.

Fue escuela de vida, aprendiendo las buenas como algunas “malas”, entre juegos no permitidos, y en los que a veces solía pasar la autoridad, pero siempre como algo pasajero: como un personaje no santo del barrio que aparecía y desaparecía según se encargara de algún “trabajo” pero siempre con compostura y respeto hacia los demás muchachos del barrio. También recuerda los picados en el “potrero” sobre la calle Tucumán entre las de Boedo y Saénz, o en empedrado de Boedo y Almafuerite jugando con la pulpo de “20” ó de “10”.

Pero como decimos a menudo, una poesía es más descriptiva que muchas palabras y nada mejor para graficar tal aseveración que los versos de Alberto a su “Boedo y Almafuerite”.

Ahora tenés asfalto de primera,  
Y cerca nomás, hasta las luces  
tricolores de un semáforo.  
Nos deslumbrás con casas nuevas,  
nos mostrás otras caras, e  
interrumpís la calma del vecino  
con el paso siempre fugaz del colectivo.

¡Qué diferencia con aquellos  
tiempos de Balbín y Bacciadone!  
¡Cuánta paz se respiraba entonces,  
sobre las veredas quietas y los  
viejos adoquines, testimonios  
relucientes del paso de los carros,  
y de algún automóvil sin patente!

En la esquina se juntaban cien  
muchachos; el barrio entero se  
juntaba en esa esquina, con buenos  
y malos, regulares, probos y elegidos,  
y si aparecía la de goma, el picado  
no tardaba en producirse a despecho  
de la frustrada siesta del verano.

Barrio de Boedo y Almafuerite:

Amigos entrañables, charlas de fútbol  
con el rojo y el blanco en mil  
rayitas, los Guilino, los Vecchio,  
los mellizos estudiantes, los Carella,  
Angelito, Siciliano, Covelo, Rincón,  
Papelito, los rusitos, Morán, Isse,  
Tolato e Isolino, este último,  
infaltable hasta su muerte.

Barrio de Boedo y Almaguer:  
¡Que atrás han quedado los recuerdos!  
los antiguos paraísos, las pastería de  
Martínez, los tangos de Antoñito y los  
dados, arrojados al azar sobre la tierra.  
Muchos se han ido llamados con  
Urgencia desde el Cielo; otros se  
quedaron allí, como anudados al terruño  
por un lazo imposible de zafar.

Quedaron la añoranza, los sueños  
juveniles, los vaivenes de la suerte,  
y ese impulso travieso que nos lleva  
a evocar por siempre, aquel querido  
Barrio de Boedo y Almaguer.

Al lado de esas esquinas convivirán los comerciantes del barrio, que eran visitados por sus clientes diariamente al no existir elementos de refrigeración, tan solo la heladera de madera o el “tacho” con el “yelo”. Además esa forma de relación servía para reforzar los afectos personales entre vecinos, como una forma de diario barrial. En ese ámbito existirían locales de servicios que hoy mayormente han desaparecido de los barrios como la peluquería.

En nuestro caso, pegada a mi casa paterna estaba Vicente Lonchano, el peluquero del barrio, quien atendía su negocio por las tardes cuando llegaba de su trabajo matinal en Firestone, pero que ello se acrecentaba cuanto llegaba el sábado, luego de una brava semana de trabajo, y se acudía a ese recinto sagrado donde además de acicalarse para la salida de la noche, se ponían al día con las noticias del barrio o discurrían sobre los más variados temas.

Además del corte de pelo, estaba el de patillas y semanalmente la “pelusa”, o los afeites con navaja, y en menor proporción los fomentos para tener el “cutis terso”, como uno de los primeros aprontes para la milonga de la noche.

Visto ello hoy en perspectiva parecería que aquellos hombres tenían sus momentos para poder disfrutar de su tiempo libre y a la vez ser presentables. Las urgencias de la vida moderna hace que pasemos raudamente por la peluquería sin poder gozar de ese disfrute, salvo algunas excepciones.

Pero no solo estaban los negocios establecidos sino que muchas de las ofertas de distintos productos provenían de vendedores ambulantes que a través de sus estentóreas voces accionadas a pleno pulmón hacían sus ofertas. Aún hoy suelen pasar algunos que compran puertas, heladeras o lavarropas viejos, pero haciéndolo a través de megáfonos.

La leche no era comercializada en los almacenes sino que generalmente llegaba de la producción al consumidor, mediante el lechero y su compañía “el lecherito”, que en sus famosos tarros proveían una leche sustanciosa que se convertía en uno de los principales alimentos de la familia.

Don “Pedrín” que vendía sus pizzas, generalmente en los partidos de fútbol, y en nuestro caso se apostaba Boedo y Estrada, en la entrada a la cancha de Los Andes, portando sobre su cabeza distintos moldes en que transportaba sus productos artesanales consistente en “la de tomate”, hoy llamada “canchera”, pero de un mayor espesor a la actual y que todos, pero especialmente los chicos, devoraban con fervor como si se tratara de la última comida de su vida.

Con los caballetes en sus brazos y la pizzeras sobre su cabeza, le permitía de inmediato habilitar su negocio callejero y atender a su amplia clientela. Cuando se producía el acto mágico de destapar su producto un aroma de tomate o pomodoro napolitano invadía el ambiente y cuando lo servía, muchas veces acompañado por la fainá cortada con cuchillo corto, lo cual permitía la fiesta de paladares simples que sabían disfrutar de eso que la vida le posibilitaba, sin búsqueda de quimeras que luego habría de traer otro tipo de sociedad.

En las calurosas siestas del verano y en su atardeceres aparecía en su carrito “Cepa” el heladero, con sus productos “fatto in casa” y era otro de los momentos propicios para el deleite de los más chicos y de los no tan chicos que gozaban de los pocos sabores que existían, que servía en “sanwichitos”, cucuruchos o vasitos, claro que cada uno con distintos precios. Cuando terminaba el verano y llegaban otras temporadas aparecía con las manzanitas con caramelos, los pochoclos o los pirulines, y allí debía competir con el manicero que con su horno portátil, que funcionaba con papeles y maderas, entregaba en sus célebres cucuruchos confeccionados en papel de diario, los maníes calientes por unas pocas monedas.

También trajinaban las calles del barrio, fueran de tierra o retumbando en el adoquinado el paso de los caballos que tiraban del carro del pescador que debajo de sus arpilleras con hielo transportaba el filete o los diversos pescados, generalmente de agua dulce no contaminada en ese entonces, y que hacía su agosto aunque fuere marzo o abril cuando era de honor no comer carne en las festividades santas.

Verduras y frutas provenían de quintas cercanas y allí aparecía el carro del verdulero o a veces con canastas en sus brazos. Pero también estaba el que solo vendía productos estacionales como las sandías, manzanas o duraznos, que el tango inmortalizara en la voz de nuestro convecino Alberto Gómez, con su “...durazno 40 el cien...”; también había ofrecimiento panaderil en forma domiciliaria, especialmente de productos panificados de renombre en aquellos tiempos; ó la oferta del vinero que lo transportaba en toneles y que lo expendía en botellas que llevaban los vecinos; el sodero, que aún hoy se mantiene, que además de vender “sifones” también lo hacía con cierto tipo de bebidas gaseosas como el “naranjín” y más tarde con la naranja o la bidú-cola. Por su parte “El rubio” ofertaba sus escobillones, escobas, plumeros y sillones, en tanto que el botellero que recogía el producto pagaba por ello, especialmente las monedas que recibían los chicos que se aplicaban en la tarea de juntarlas.

Paseando hoy por el barrio aparecen en nuestra retina esos personajes como si no hubiese pasado el tiempo y lo tuviéramos junto a nosotros aspirando una arboleda arrasada por el “progreso”.

Arboledas, parrales o glicinas que cobijaban casas solariegas, refugios de la mateada matinal o del atardecer, con calles empedradas o de tierra, con vecinos solidarios y la enorme tertulia de las comadres en sus veredas, aún cuando se mantiene en algunos de estos barrios, en otros el “progreso” los ha ido desalojando de a poco. El barrio tradicional de casas bajas y vecinos sentados a sus puertas, donde muchos hemos nacido y crecido, por distintas circunstancias se ha transfigurado y convertido en otras realidades cotidianas.

En ese hábitat de casitas bajas se desarrollaron instituciones con muchos años en el lugar como las relacionadas con la educación, tales como la escuela “27” en la calle Laprida 1650 o la “21” “Justo José de Urquiza” en José María Penna 49 esquina Boedo con el dictado de los cursos de jardín de infantes, al cual concurrieron mis hijos, primario para luego continuar con el nivel EGB para volver a la actualidad al sistema tradicional.

Por su parte el Instituto de las Hermanas Misioneras y Colegio San Francisco Javier se instaló en el año 1939 en el mismo lugar que ocupaba la Capilla Santa Teresita del asilo San Roque en calle Posadas 60 para establecer la Guardería que se dedicaba a la atención de niños durante el día, en ausencia de sus padres por razones de trabajo y a la cual concurrí durante un breve lapso a poco de que comenzara a funcionar. En 1958 se crea el colegio primario y luego en 1962 el secundario que al comienzo de los años 70 funcionó en la calle Boedo 1257, para luego pasar el primario a dicho inmueble y establecer el secundario en la calle Posadas; en tanto hoy día, habiendo adecuado el edificio de la calle Boedo ambos funcionan en el mismo lugar, quedando solo en la calle Posadas el edificio de la Capilla.

Si de instituciones deportivas hablamos, además de su paradigma el Club Atlético Los Andes, han funcionado y aún hoy día lo hacen distintas entidades que cumplen en la zona una importante función social.

Como digresión al tema principal podemos señalar que el “club del barrio” ha sido otro refugio fiel. A él acudían, y aún algunos lo siguen practicando, aquellos que no eran habitúes del café o recalaban también los que lo hacían en ambos cenáculos, templos laicos de aquellos tiempos.

A diferencia del café, solo frecuentado por hombres, o de las minoritarias confiterías, a las que acudían mujeres solas o en parejas, y en ciertas ocasiones el grupo familiar, en el club, especialmente en sus famosos bailes, hizo irrupción la mujer, y al amparo de la “típica”, el “jazz” o la “característica” se formaron numerosas parejas que luego continuarían sus vidas por la senda familiar.

Pero más allá de lo personal, estas asociaciones civiles sin fines de lucro, junto a otras como las asociaciones de socorros mutuos, principalmente de italianos, españoles o polacos, significaban el espíritu gregario de la solidaridad con objetivos de mejoras en las formas de vida, principalmente impulsadas por las corrientes inmigratorias hacia fines del siglo XIX y con mayor énfasis en los comienzos del XX.

El club le adicionó el valor agregado de la **identidad barrial** y de la lucha de sus fundadores y quiénes le continuaron por mantener vigente el objetivo de convertirlos en centros de reuniones y actividades para todos los vecinos del barrio.

Buenos Aires, sus alrededores y las grandes ciudades del interior del país, tuvieron miles de estas instituciones, y cada una con su propia identidad que la distinguía de las demás, ya fuere en el deporte, los estilos bailables o las actividades sociales.

Los comerciantes e incipientes industriales del barrio, muchos de ellos inmigrantes que habían construido una nueva vida en nuestro país, colaboraron con estos emprendimientos sociales para poder alquilar un local o galpón que sería la base del futuro edificio que, con grandes sacrificios de todo el barrio, con rifas, reuniones bailables, kerméses, donaciones y otras entradas, les permitiría un día inaugurar la “sede propia”.

Muchos de ellos tuvieron sus inicios al comienzo del siglo XX, pero el gran impulso y consolidación aparecería en los años “20” y los “30”, alcanzando su máximo esplendor en lo que sería “la larga década de los 40”.

Avanzado los “60” y principalmente los “70”, al igual que le ocurría al país, comenzarán sus penurias y la desaparición de cientos de ellos. El club como las demás instituciones de la República no podían ser ajenos a la crisis que envolvía a nuestra sociedad, no solo desde lo económico sino principalmente desde lo socio-cultural.

Un país que solo algunas décadas atrás había tratado de consolidar su producción, con sus avances y retrocesos, fue virtualmente quebrado en la espina dorsal de su faz productiva y esos barrios y sus instituciones que se alimentaban de esa producción y que habían conocido otro bienestar sufrieron el impacto, especialmente en sus miles de pequeñas y medianas empresas que al igual que sus clubes fueron desapareciendo para dar lugar a las importaciones alentadas por un valor ficticio de la moneda, dando lugares a grandes cadenas de comercialización o “todo por dos pesos” donde antes se levantaban industrias e instituciones sociales.

Los sectores medios, y medios bajos, que llegaron de la mano del ascenso del obrero industrial, y de los pequeños industriales, comerciantes, empleados o profesionales, fueron los principales inquilinos del club del barrio y con las nuevas condiciones también fueron los primeros en abandonar el escenario, por no poder abonar la cuota social o tener que emigrar a barrios marginales de los tantos a que dio lugar la fenomenal crisis en nuestro país.

Clubes que en momentos de apogeo llegaron a tener 1000 ó 2000 socios no alcanzaban, llegada la crisis, a cobrar las cuotas sociales del 10 por ciento de ellos, y con tal falta que oxígeno, que se denomina dinero, se produjo su muerte lenta.

Mientras duró el período de apogeo o luego, aquellos pocos que sobrevivieron a la crisis, sirvieron para la catarsis del fin de la jornada laboral. Allí sobre sus mesas, al ritmo del truco, el mus, la generala, el dominó, el ajedrez y demás juegos, como el billar o el ping-pong, sus diarios hábitos deambulaban en las soluciones para el país o como formar la mejor selección o el equipo de sus amores. Esta terapia de aquellos tiempos se extendía hasta la hora de la cena que era sagrada pasarla en familia.

Por su parte los menores concurrían desde temprano a practicar los distintos deportes, especialmente el baby fútbol, el básquet, el balón cesto y alguno de ellos poseían piletas de natación.

Muchos de esos clubes de barrio habrían de brindar destacados deportistas que luego se convertirían, con el tiempo, en ídolos nacionales.

Se habían constituido en instituciones de contención social donde desde pequeño, el niño o la niña, aprendían a competir no solo en las actividades deportivas sino en la acción solidaria y de conjunto que demandaba su ejercicio, defendiendo los

colores de su club cuando enfrentaba a los otros barrios, pero especialmente aprendiendo a asumir la derrota deportiva como algo natural y propio del juego, sacándole el dramatismo con que hoy se haya impregnada cualquiera de estas actividades, aún las de carácter amateurs.

La competencia, como formación integral y de mejora específica en la actividad elegida, era lo que inculcaban aquellos profesores o maestros del deporte. Hoy la destrucción del rival, antes que la construcción de lo propio, gobierna las distintas disciplinas, salvo honrosas excepciones.

No era que los encuentros entre barrios, especialmente en fútbol, fueran un lecho de rosas, pero no pasaban de las manos. Hoy cualquier arma es válida para agredir al adversario circunstancial. Aún los padres inculcan en sus hijos distintas formas violentas con tal de obtener un resultado favorable, propio de una sociedad insolidaria y solo en la búsqueda del triunfo que muchos interpretan como "éxito".

El amplio espectro de los clubes de barrio, especialmente en su época de expansión, dará lugar a exhibir expresiones de distintos géneros y sobresalir en determinadas disciplinas deportivas, actividades sociales o culturales.

Hoy, algunos de esos clubes de barrios siguen peleando a la diaria realidad para poder subsistir, aún contra normas de imposible cumplimiento o de intereses que pretenden quedarse con sus predios como muy claramente se narrara en la película "Luna de Avellaneda", precisamente grabada en el Club Juventud Unida de Llavallol. Los nietos de aquellos que supieron hacerlos grandes, asumen su lugar en la lucha por mantenerlos, que en definitiva significa seguir teniendo identidad barrial y concepto solidario de participación, lo cual no es poco en la modernidad.

Entre esas instituciones barriales, en este amplio espacio que desarrollamos podemos citar tres clubes sociales emblemáticos: "El Huracán de Lomas", "Almafuerte" y "12 de Octubre".

El "Club Social y Deportivo El Huracán de Lomas" fundado al principio de la década de 1920 tiene su sede social en la calle Fray Luís Beltrán 66, entre Laprida y Boedo, y durante su vida social tuvo épocas brillantes y otras de olvidos que compartía con otras instituciones similares.

Su época de oro, al igual que las demás instituciones sociales, correspondió a la década del "40" con la masividad en todas sus actividades, se tratara de los socios que llegó a tener, o de los deportes que practicaba, principalmente el juego de bochas; pero uno de sus principales hitos fueron sus reuniones bailables.

Por su escenario desfilaron las mejores orquestas típicas o características de la época y de mayor raigambre popular como las de los maestros Osvaldo Pugliese, Juan D'Arienzo, Aníbal Troilo o la del "Colorado de Banfield" Alfredo De Angelis, donde se tejieron ciento de historias personales e institucionales y que hoy a través del esfuerzo de aquellos que mantienen las utopías se sigue teniendo el concepto de un lugar de contención para la espiritualidad de los más grandes y de lugar donde aprender las cosas buenas de la vida para los más pequeños.

El Club Social y Deportivo Almafuerte ubicado en la calle Gorriti esquina Olazábal es otra de aquellas instituciones tradicionales del barrio, como nos lo recuerda otro querido amigo del barrio Tito Cioffi que durante décadas transitó sus instalaciones, las cuales nacieron austeramente en 1927.

En su clara memoria afectiva nos relata la trayectoria de la institución que supo tener a enormes vecinos que la construyeron, material y espiritualmente, a lo largo de tantos años. Así recuerda a Villar, Canario, Amestoy, Carnevale, Ismael Tempone, al “Negro” Flores, Nubile, Basile, entre otros, como presidentes de la institución, la cual se fue construyendo con el esfuerzo de todos y así aparecieron las dos canchas de bochas, siempre ocupadas, la de paleta, luego el techado de las mismas, donde todos los días, especialmente terminadas las tareas laborales, se volcaban masivamente los vecinos, como Jorge Cappuccio, Dante Panizzi o Bisignano, que se encargaba de arreglar cuanta silla se deteriorara, en todo tipo de juegos de mesa.

El Club supo tener, en sus inicios, equipo de fútbol amateur que jugaba en la manzana de las calles Gorriti, Loria, Posadas y Fray Luís Beltrán, frente a la Plaza Libertad y que debido a que se encontraba frente a la que ocupaba Los Andes, se optó por dejarla. Sus bailes, especialmente de carnaval, infantiles y para mayores, juntaban a todas las familias del contorno. También por su escenario desfilaron las grandes orquestas de la época, como ocurría en otros clubes. Personalmente recuerdo que en la década del 80 y seguramente sería uno de los últimos acontecimientos bailables del club estuvo don Osvaldo Pedro Pugliese, con mucha gente que quedó sin poder entrar, pero que los vecinos podíamos escuchar a la orquesta del maestro. Hoy en el club se sigue practicando algunos deportes, especial el “baby fútbol”, como signo de contención de los más chicos, pese a veces, del desequilibrio emocional de los mayores que en lugar de inculcar el juego como hecho de convivencia y normal competencia, lo hacen, quizá, en la búsqueda de una salida laboral.

Por su parte el Club Social y Deportivo 12 de octubre, fue fundado por muchos de esos vecinos visionarios que en el año 1935 entendían que una institución era fundamental para la identidad del barrio y así, como mucho esfuerzo y restando horas a sus diarias actividades, levantaron de a poco esta construcción que sigue albergando a quienes viven en su derredor, con nuevas actividades sociales, pero también realizando sus bailes de tango o folclore como su enseñanza y la de otros ritmos modernos.

Así como las pulperías fueron hacia los finales del siglo XIX y principios del XX lugares al que acudían paisanos y hombres de los suburbios para adquirir comestibles y principalmente en la búsqueda de esparcimiento para escuchar algún payador o jugar a las bochas o a la taba en el fondo del lugar, ellas fueron luego sustituidas por el “boliche del barrio” que al principio fue proveeduría y más tarde o coetánea con ella tenía su despacho de bebida. Muchos fueron estos establecimientos en Lomas de Zamora, en el caso recordaremos tres de ellos metidos en el corazón de este barrio que hoy recreamos.

Es factible que quizá por una falta de documentación o de la memoria de aquellos que lo han visto o transitado, hayamos ignorado la existencia de otros. Pero sí podemos señalar que todo ellos jugaron un papel fundamental de encuentro y contención en el barrio. Sin afirmar, pero tampoco negarlo, quizá el primer “Almacén-Despacho de Bebida” del lugar fuera el de José Varela que data del año 1902 que se hallaba ubicado en la intersección de las esquinas de las calle Loria y Díaz Vélez, con precisión en la calle Loria 902 y allí concurrían tanto los vecinos que debían comprar sus comestibles como aquellos que pasaban por su despacho de vida, todos atendidos con enorme cariño por don José como nos relata Haydée Varela de Fernández, vecina del barrio en la calle Gorriti al igual que sus nietos Lila y Daniel Fernández, el cual hemos citado como uno de los escultores de las estatuas de la plaz

A dos cuadras del lugar, una mañana de otoño de 2011, cuando el tibio sol resaltaba el tronco ubicado en la calle Gorriti esquina Monseñor Piaggio, charlábamos con mi entrañable amigo José Bernardo “Nacho” Panetta, abogado de profesión, “arquetipo del barrio”, con quien podemos decir junto al gordo Troilo “...quien siempre jugó de “jaz” izquierdo al lado mío...”, en la vereda de su casa.

Esa casa que supo ser el legendario boliche “Legui” y ese tronco que es lo que queda del palenque. Y como si fuera con el “Roxy” de Serrat, parecerían que surgieran voces y personajes que transitaron sus días y sus largas noches de naipes y de copas.

El inmueble antes de ser de su propiedad, perteneció a la familia Almela desde la década del “20” y funcionó allí un almacén de barrio con salón y sótano, al que se accedía por un zaguán. Luego se transformó en despacho de bebida en el cual recalaban personajes especiales muy queribles.

Muchas veces, me comenta, “...en el silencio de la noche creo escuchar esas voces y rememoro cuando aún era chico y especialmente en la adolescencia a tipos como Troncha, Tubito, Piloya, Cadierno o Pichi Jiménez que también fue cantor de barrio, o al “pasador” Ledesma...”.

La picota y el paso del tiempo no han podido borrar el recuerdo del “Legui” para aquellos que lo transitaron como tampoco la irradiación de su imán identitario para todos los vecinos del barrio, donde también a escasos metros sobre la misma vereda de Gorriti, ya hacia Bolívar, vivía nuestro también querido amigo y miembro del Instituto Histórico Municipal Edgardo “Cacho” Costa.

Siguiendo sobre la calle Monseñor Piaggio, en la esquina con Narciso Laprida existe hoy un restaurant y en la parte alta de su fachada se puede visualizar una placa que no tiene la fecha de su colocación y que dice: “Monseñor Dr. Agustín Piaggio Vicario General de la Armada, Tribuno y Publicista en su verbo alcanzaron soberana expresión los conceptos de dios y patria. 1874-1926”.

Volviendo a la calle Gorriti llegando a su intersección con Alvarez Thomas, estaba el “Bolicho de Tarilo” que también exhibió el paso de la llegada de “paisanos” a caballos que lo dejaban en el palenque, sobre Alvarez Thomas donde estaba la caballeriza, y al igual que los restantes fue almacén de barrio y despacho de bebidas.

Tito Cioffi, del cual hemos hablado anteriormente, recuerda que dicho almacén y despacho de bebida fue iniciado en el año 1946 por la familia Giannastasio, con Jorge y sus cuatro hermanos Rosina, Nerucho, Marieta y José. Luego fue adquirido, como señalábamos, por Pancho Tarilo, con su esposa Tula y sus hijos Beba y Miguelito, el que recuerdo haber visto desfilar en las fiestas patrias del Centro Tradicionalista La Querencia con vestimentas de gaucho. Cioffi también señala a otros conocidos que transitaron el lugar como su padre, Brasedas, Pedro Resta, Rosini, o Pellandini, entre otros.

En memorables noches se juntaban guitarreros y cantores pero también quiénes ejecutaban el acordeón. Más acá en el tiempo también supo ser templo laico de otros personajes de Lomas como el “inglés” Mac Cormick, abogado de profesión, Figueroa y otros amigos perteneciente al foro lomense. El lugar cerró en la década del “60”. En su derredor estaban las quintas “La Pochocha”, o la de Pedro Cid, la fábrica de sombreros Dursi, el almacén de Castillo o la carnicería de Brioschi.

Pero el espacio abierto de las calles del barrio ocupó un lugar preponderante en la vida de sus vecinos. El barrio en derredor de la Plaza Libertad y sus alrededores han sabido disfrutar del ocio y de las distintas festividades en cada una de las estaciones del año.

El barrio como espacio público abierto y participativo ha sido eje de la convergencia vecinal principalmente hacia mediados del siglo XX y cada etapa del año se ha visto reflejada en sus calles como en sus instituciones públicas o privadas.

“¡...cuánta calor que hace...!” decían las vecinas. Aquellos veranos eran parejos. Calor desde el comienzo, en el mes de diciembre, hasta su terminación, en marzo. Minga de aire acondicionado. Con suerte, algunos privilegiados poseían ventiladores de techos, como en las carnicerías, o de pie, pero siempre moviendo aire caliente.

Solo, y muy importante, que los pueblos y aún las ciudades eran otras. Sus calles mayoritariamente empedradas o de tierra, y las asfaltadas estaban saturadas de frondosas arboledas, lo cual se repetía en las casas, lo que era un gran refrigerador natural para contrarrestar al impiadoso sol veraniego que castigaba desde que aparecía hasta el atardecer.

Para combatirlo, ropas livianas y bebidas refrescantes, especialmente limonadas. Luego aparecerían granadinas, narajandas, generalmente caseras, colas y otros brebajes populares. También el heladero del carrito con sus cremas caseras era un pasajero esperado. Para los mayores la cerveza era fiel acompañante. Las mujeres tenían la compañía refrescante de sus abanicos. Para todos la salida a la vereda al atardecer para “tomar un poco de fresco” y de paso comentar las novedades del día.

Si del verano habláramos nos encontraremos como escenario preponderante las tertulias diarias de las vecinas, fueran la de compras, que en tiempos en que no existían supermercados se realizaban todos los días, del barrido de las veredas con la información de lo que ocurría en el barrio, como forma de comunicación oral, o por las tardes o noches tórridas, en las puertas de las casas o bajos los añosos árboles en la vereda, mate por medio, disfrutar de la brisa que brindaban las primeras horas de la oscuridad, además de seguir intercambiando información.

El mediodía era también de comida familiar y allí reinaba la comida simple pero eficaz que preparaba la madre y sobre la mesa las bebidas, la mayoría de las veces preparadas en la misma casa, para combatir las altas temperaturas.

Un tema del autor “Chico” Novarro se refiere a otros tiempos y otros veranos cuando en una obra “Sueño de Cupé” dice “...Mi cuadra tuvo un carnaval/ Y anduvo el sol por sus malvones/ Mi juventud, fue un paño de billar/ Un celador, y un tren.../Muere la siesta en el umbral/ Con el pregón de un heladero/ Verano y piel, murmullo de sifón/ Camino al almacén.../ Vuelve mi hermana al novelón/ Y el almidón a mis camisas/ Un camioncito errante a propalar/ Que hay baile en el salón.../.

Eran tardes de prolongadas siestas, ritual nunca mejor aplicado para combatir el clima reinante, salvo para los chicos y adolescentes que lo pasaban debajo de la arboleda esperando la llegada del heladero Cepa que con su carrito lo hacía todos los días portando sus helados de palito o sandwichito y que se constituía en otro personaje del barrio.

Con el incipiente verano llegaban los festejos de navidad, fin de año y reyes, cada uno con sus propios rituales y participación familiar, en ese entonces con numerosos integrantes. En muchas ocasiones las reuniones de extendidas mesas

ocupaban las veredas ante lo exiguo del espacio de sus casas y allí se realizaba el festejo del cual participaban otros vecinos invitados a la cena o al brindis.

Pero además se producía un hecho participativo cuando espontáneamente, pasadas las “12 de la noche” y luego de esos brindis, se cerraban las bocacalles, en ese entonces de exigüos vehículos, y con la orquesta del barrio o con alguno que tocara un instrumento se iniciaba el baile del barrio, en el caso particular animado por “Cacho” Zanaboni que aún hoy con sus jóvenes 86 años sigue guiando a jóvenes y a otros de distintas edades en la enseñanza del acordeón a piano que sonaba más que nunca en esas noches de festividades comunitarias y donde todos los vecinos, sin distinción de edades, bailaban al son de tangos, pasodobles o musical tropical en esas noches de comunidad de afectos y confraternidad vecinal.

Pero llegado el mes de febrero o marzo, según el año, comenzaba la celebración quizá más participativa en el festejo del rey momo. Más allá de la discusión sobre su origen como culto de los dioses o como fiestas paganas, el mismo se hunde en las raíces históricas de la humanidad y ha reflejado, a lo largo de tantos siglos, desde los excesos, hasta el goce pleno de la algarabía popular de estas fiestas anteriores a la era cristiana.

Desde los pueblos egipcios, romanos o griegos, con sus bacanales acompañados del dios Baco, pasando por el carnaval de la Roma de los Pontífices, Venecia, Florencia o Nápoles, siempre han exhibido grandes muchedumbres danzando desenfrenadamente o haciendo gala de excesos de todo tipo. También la Europa central medieval ha conocido en sus distintas regiones este tipo de festividades.

La juventud de los países de América no ha sido óbice para sus festejos, principalmente por la exportación de los mismos desde sus orígenes europeos y de sus tradiciones, pero también en muchas regiones ha presentado características propias, identificatorias de cada una de esas regiones. México, con sus mascaradas, las comparsas cubanas en la colonia, que funcionaban para las fiestas de Reyes, mostraban sus caravanas de congas desfilando bulliciosamente con estéticas formas danzantes, Perú en Iquitos y Bolivia en Oruro con sus famosas diabladas, eran otros ejemplos de la identidad propia de cada región.

Por su parte Brasil transitaba la línea festiva de Cuba, no solo por la gran participación de gente de color, descendientes sin duda de la época colonial, sino por su propia idiosincrasia y clima tropical que genera una característica propia del festejo popular de cantos acompañados y bailes que al son frenético de su música, que enmarcan la forma de vida de un pueblo que, en esos interregnos se libera de las penurias que deben arrastrar en el resto del año.

El carnaval uruguayo, especialmente el montevideano, ha contado con las comparsas de negros y mulatos candomberos que irrumpían bullangueramente por el Viejo Montevideo con su porta estandarte al son de los tambores, realizando sus famosas llamadas por los barrios, como aún se repite en alguno de ellos.

En el territorio que sería con el tiempo nuestro país, también se realizaban estos festejos emparentados con las características propias de sus distintas regiones. El norte abrevaría en el Perú y Bolivia, con la Chaya en Malligasta ó Nonogasta, o las vidalas y carnavalitos que se hacían escuchar en valles y quebradas.

En el puerto de Buenos Aires en sus comienzos, hacia 1770, las reuniones se realizaban en locales cerrados, estando prohibido los festejos en las calles. El Virrey

Vértiz que había mandado construir el teatro de “La Ranchería” al no recaudar lo suficiente con las obras que se presentaban, aprobó su alquiler mediante el pago de dos mil pesos para realizar los bailes de mascaradas. Su incendio posterior apagó las quejas que ello había aparejado entre los sectores más acomodados de la población.

Pese a tal recato dichos festejos son prohibidos en 1774 por orden de Carlos III, especialmente en los salones de negros donde se realizaban los famosos “tambos” o bailes de negros, con la excusa del desenfreno de sus festividades, pero que en realidad encerraba una forma de evitar la acción solidaria y de servicios que se gestaban en tales establecimientos.

Habría que esperar hasta pasada la Revolución de Mayo para que, hacia 1916, comenzara, especialmente entre los grupos negros, el festejo del carnaval con los bailes y juegos con agua y otros elementos que muchas veces creaban notorios roces con el resto de la población.

Los rituales y bailes se realizaban en la Parroquia de Monserrat o Barrio del Mondongo ó del Tambor y también en San Telmo. Rosas solía concurrir a dichas reuniones, muchas veces acompañado de su hija Manuelita. Algunos unitarios, insidiosamente llamaban a ello el “Carnaval de Rosas”.

En ellos, además de los tambores se utilizaban instrumentos como el candombe, la tambora, el tangó y el macú. Otros se construían con quijadas de vacunos a las cuales se les arrancaba sonidos rascando la dentadura con palillos. También eran utilizadas maderas que se golpeaban entre sí.

Además de servir para ejecutar música, ello constituían ritos religiosos, que acompañados con canto y baile comenzaban en la tarde del sábado hasta bien entrado el día domingo.

A partir de 1854 y luego ratificado en 1863, se vuelven a autorizar las comparsas, los distintos juegos del carnaval y los bailes de mascaradas. Aún estos últimos llegaban a realizarse en el Teatro Colón de aquella época, estableciéndose reglamentaciones que penaban las infracciones a las normas que debían respetarse en cada local bailable. Para su cumplimiento la policía reforzaba sus servicios. En 1870 se autoriza el desfile de carruajes en los corsos.

Hacia fines del siglo XIX se hacen famosos los lugares bailables como El Olimpo Argentino o Los Turcos en Barracas, Negros Unidos, Centro Español, la Asociación Española, la Sociedad Liguaria Italiana, La Cavour donde actúan Vicente Greco y Luís Bernstein, la Sociedad Cosmopolita y otros lugares como casas de bailes y café de camareras.

Para principio del siglo XX se suman infinidades de clubes y lugares bailables no solo en el centro de la ciudad sino en cada uno de los barrios, como Belgrano, Flores o Floresta; también los corsos adquieren celebridad, entre ellos el de San José de Flores sobre Rivadavia desde San Pedrito hasta Donato Álvarez. Le seguirán el Infantil del Parque Lezama, el organizado por la Municipalidad en 1915 frente al Congreso de la Nación o los famosos de la Avenida de Mayo, que circunstancialmente en 1937 se realizó sobre la Avenida Corrientes.

Los habitantes de Buenos Aires participaban multitudinariamente de los mismos. Los carruajes y los trajes de fantasías poblaban sus noches y los pomos con agua florida eran parte de la lucha entre los jóvenes de distintos sexo. Numerosos

caretones, con distintas figuras, realizadas en papel y engrudo, luego pintado, encabezaban los desfiles populares.

Las murgas son consideradas como “compañías de músicos callejeros y desentonados”- Se las considera oriunda de España. A diferencia de los grupos corales del siglo XIX integrado por inmigrantes o de los negros que lo hacían organizadamente, la murga es en cambio desordenada.

Sus integrantes se destacan por su picaresca y la frescura de sus interpretaciones (“...a nuestro director le duele la cabeza y quieren que lo conviden con un vaso de cerveza...”) o de otros versos más subidos de tono en relación a alguna representante del barrio, pero siempre como canto de chiquilines que solíamos salir por las tardes por las calles de barrio, vestidos con una vieja sábana o con prendas de los mayores y con la cara tiznada con un corcho quemado, haciendo sonar tachos y tapas de ollas a modo de percusión, amen de una gorra para recibir algunas monedas de vecinos magnánimos que permitían comprar la naranjada para el grupo sediento. En sus fantasías no existen diferencias sociales, todo se igualaba.

Luego habrían de desaparecer, junto con los festejos del carnaval. La modernidad habría de recibirlos nuevamente, aún antes de reestablecer estas fechas festivas, con un trabajo silencioso y cooperativo que vuelven a inundar las calles de la ciudad hoy con sus ropas de colores brillantes y levita con galera que se contornean con saltos acrobáticos al son de simples instrumentos del bombo y el platillo, que como “scolas” nativas se preparan durante todo el año para exhibir cada una de ellas su identidad con el barrio que representan (“Los viciosos de Almagro”, “Los curdas de Saavedra”, “Los chiflados de Liniers”) a través de su vestimenta y de la plaza de donde provienen.

Además de los cursos oficiales o mas conocidos, como remedo de lo que pasa con las famosas escolas brasileñas, en cada barrio durante el año se preparaban los carruajes con un tremendo cariño y esmero por parte de los vecinos. Siempre había algún fileteador de colectivo que adornaba sus presentaciones con motivos del carnaval o de los personajes que cada uno de ellos representaba.

También los barrios suburbanos supieron de estos cursos. Los vecinos sentados en sus sillas, a la vera de la calzada, se preparaban para el paso del desfile de carruajes, murgas y conjuntos formados por los más jóvenes, que presentaban las distintas versiones de personajes, muy especialmente los más famosos de esos momentos.

Pero también otros vecinos y los mas chicos participaban de las carnestolendas mediante disfraces característicos del momento, la mayoría de confección casera, como el Oso Carolina, bastante difícil para transportar en esas tórridas noches, y a veces con final trágico, el de payaso, conwboy, dama antigua, colombina, y uno muy simple que se alquilaba en la esquina del “turquito”: el de dominó, generalmente negro y con bordes dorados, o en el sentido inverso, u otros de fantasías o sino simples sabanas familiares acompañadas de antifaces.

Todos los vestían orgullosamente, como esos padres que llevaban a sus hijos más pequeños a participar de las competencias de bailes, principalmente españoles y americanos, en aquellos que se denominaban “bailes infantiles” y que se realizaban en los clubes con anterioridad al de mayores.

Ya estamos transitando la larga década del 40, la de los bailes inolvidables en los grandes clubes de Buenos Aires, pero también en cada una de las ciudades, pueblos y barrios, porque el carnaval era vivido como una fiesta de todos, grandes y

chicos, pobres y ricos, hombres y mujeres. Eran cuatro días de pleno disfrute y evasión de la diaria cotidianidad.

Muchos recordamos que desde la mañana del sábado comenzaban los preparativos de tachos, baldes y llenados de globos depositados en estos para que no explotaran con anterioridad, con agua para el juego de la siesta, que serviría para refrescar el calor de esa hora. Generalmente el “enfrentamiento” era entre hombres contra mujeres, y los chicos, de ambos sexos, hacían de comparsa a los mayores.

Algunas de las casas servían de surtidores, en el barrio por ejemplo la casa de Emilio Isse en Gorriti entre Posadas y Alvarez Thomas, para completar el vaciado de cada recipiente que había dado de pleno en la humanidad del otro participante. También existían rivalidades entre distintos barrios, o camioncitos itinerantes que circulaban por las distintas calles en búsqueda del blanco a mojar. Salvo excepciones todos los tomaba con un hecho natural, salvo algún personaje especial que saliera a esas horas con vestimentas no aptas para el momento y que veía como el agua se derramaba a través de sus prendas, quizás preparadas para otro tipo de actividades o festividades.

Una vez que se daba rienda suelta al juego y luego de algunas horas el mismo teminaba para dar el tiempo necesario, especialmente a las mujeres, para prepararse para el baile de la noche, o de la madre que debía llevar a sus hijos al baile de disfraz de la tarde. Un tiempo de espera se daba hasta la llegada de la noche. Y allí volvía a estallar la fiesta y la algarabía.

Los famosos afiches y carteles de “SIETE GRANDES BAILES SIETE” se exhibían a lo largo de toda a ciudad. Era el anuncio de cada una de las reuniones bailables para competir con los mejores números musicales o premios que se otorgaban a los mejores disfraces y bailarines. Era la competencia por la alegría.

No solo los grandes clubes de Buenos Aires y del centro, sino en los barrios y en los pueblos las orquestas poblaban los escenarios. En los mas importantes centros bailables varias orquestas de típica y jazz que actuaban en una misma noche, y en idéntico escenario.

Las calles era un incesante ir y venir de gente que, con disfraces para los bailables o la mayoría vestido de salida concurrían a cada uno de los lugares que habían elegido para esa noche. Lo acompañaría la música, el papel picado, que se compraban en grandes bolsas, para el uso de quiénes se sentaban a las distintas mesas del club, las serpentinas que se entremezclaban entre los bailarines, y los pomos con agua florida, o más tarde los lanza perfumes, principalmente para los más jóvenes.

Las mesas de amigos y familias poblaban los clubes de los barrios. La cerveza, bebidas sin alcohol y sándwiches de miga, cuando no aparecía algún choripán o el especial de milanesa, salame o mortadela, eran infaltables en esas fiestas simples del reconocimiento de las sanas alegrías y la rienda suelta de las risas y el ritmo del “dos por cuatro y de la jazz” acompañando las estrelladas noches ya fueren de febrero o marzo.

Pero como todo cambia y nada es duradero en la vida, también ello le ocurrió al carnaval, en donde incidieron muchos factores, se tratara de índole sociológicos o de carácter políticos o económicos.

Lo primero que se advierte es la pérdida de la ocupación del espacio público y el retroceso hacia los distintos hábitat privados, ya fueren los clubes u otros recintos bailables. Comenzaba con ello un camino de difícil retorno.

Acontecimientos políticos habían colaborado con dicho escenario. Comenzaba a desaparecer la masividad de los 40. Un edicto de 1956, al poco tiempo de producida la llamada "Revolución Libertadora", que derrocó a Perón, establecía que para disfrazarse se debía contar con una tarjeta con número y orden la cual sería intervenida por la respectiva comisería, mientras que las comparsas debían elevar el nombre de cada integrante con profesión, documento de identidad y domicilio.

Se continuará en dicha línea declinante en la década del 60 y tendrán su punto culminante en los enfrentamientos de los años 70 con su sello definitivo con el golpe del 76 el cual mediante el Decreto 21.329 suprime los feriados de lunes y martes de carnaval, que aún hoy permanece vigente, a excepción de día no laborable establecido para la administración de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires a partir del 2005.

Pese a tal panorama no todo ha sido negativo. En los últimos tiempos han aparecido numerosas murgas en distintos barrios de la ciudad, principalmente en Buenos Aires, en un intento de revalorizar dicha expresión, todo ello más allá de espectáculos al estilo Río, como podrían ser los carnavales de Gualeguaychú o Gualeguay.

En muchos pueblos del interior aún se sigue festejando el carnaval y tienen sus propios corsos y ello ha mantenido el fuego sagrado del carnaval. Si se quiere las tradiciones e identidades pueden mantenerse o recuperarse. Solo se debe recapacitar que para divertirse no es necesario acudir a "Río". A no tantos kilómetros tenemos nuestro propio carnaval y no estaría mal volver sobre nuestros pasos y en cada pueblo, aún en la Capital Federal, revirtiéramos una realidad a la que es necesario devolverle la alegría de lo simple y cotidiano.

También el barrio sabía disfrutar de otras salidas colectivas en un tiempo en que eran muy pocos los que veraneaban en las escasas playas atlánticas de aquellos tiempos. Solo las altas clases sociales podían acceder a ellas. Recién hacia los fines de los 40 y llegado los 50 comenzaría el turismo social impulsado por el gobierno, especialmente en Mar del Plata, en la famosa Chapadmalal, y Córdoba. Pero serían los 60 cuando comenzaría el gran boom turístico en el país, con las obras sociales de los distintos sindicatos, muchos de los cuales poseían en esos tiempos numerosos afiliados que concurrían a sus distintos e importantes hoteles.

Pero el gran público de los comienzos del siglo pasado tenían el privilegio de contar, muy cerca de sus viviendas, con un río, el de La Plata, no contaminado, y al cual transportados por colectivos o en tren podían llegar a sus orillas. Los picnic a orillas de esos ríos, eran comunes los fines de semanas, principalmente los domingos.

Uno recuerda que desde la calle Gorriti entre Posadas y Alvarez Thomas salía la "bañadera" clásico transporte colectivo de ese entonces que trasportaba no solo a los pasajeros sino que en sus baúles atesoraba las vituallas sin las cuales no podía haber picnic, alquilada con la debida anticipación para excursión al río, se tratara de Quilmes o de Punta Lara.

Generalmente, en grandes tachos utilizados para el lavado de ropa, servían para colocar las barras de "yelo" que enfriaba las bebidas, tapándolo con las bolsas de arpilleras que servían para evitar que el mismo se derritiera más rápidamente. Dicho

recipiente transportaba las burbujas de las cervezas, y las frescas botellitas de naranjines y pomelos.

Acompañándolo se agolpaba lo solido, generalmente asado y achuras, con el pan, las facturas, las tortas caseras y todo otro tipo de alimento que habría de ser rápidamente consumido por los comensales.

Desde la salida, con el entrecruzamiento de dichos y cantos, hasta llegar al Recreo elegido, se trataba de balnearios populares, como Quilmes, Punta Lara, que eran los mas concurridos, la Isla Maciel o Paulina y cualquier río, arroyo o laguna que pudiera albergarlos, todo transcurría en un clima de alegría generalizada, donde ya daba comienzo el gozo de ese esparcimiento que permitía cambiar el aire de la ciudad o del pueblo.

El agua que mansamente llegaba a la orilla, dejando estelas marcadas en las entonces límpidas arenas, era lo primero que se pisaba ni bien se llegaba y las madres comenzaban a recomendarles a los más chicos no alejarse de la costa. Los mas jóvenes se cambiarían en las casillas que existían en cada balneario y rápidamente se introducirían al agua, mientras que los mayores ponían mano al fuego para comenzar con el asado, acompañado con el mate ante de la llegada del vermú.

Todo ello configura una forma de vida comunitaria a la que acudían los vecinos del barrio para poder acceder a lo que tenían a mano para el disfrute de sus tiempos libres.

Hacia el mediodía llegarían los chorizos y la carne con ensaladas, para terminar con las frutas. Para unos continuaría con la siesta debajo de cualquier árbol, principalmente sauces, mientras que otros la emprenderían con los juegos de las cartas o simplemente la charla circunstancial. Mas tarde "hecha la digestión", sagrada en esos tiempos, los chicos volverían al agua con los grandes. El mate y el dulce de la tarde sería el prolegómeno de la partida aunque en algunos casos también hacían una nueva vuelta de choripanes.

Ya cubierta la cuota de comestibles y bebestibles, se emprendería la retirada hacia el destino de origen con la alegría propia de haber disfrutado de un hermoso día y estar preparado para enfrentar la semana que habría de comenzar en pocas horas. También muchos antiguos vecinos del barrio recuerdan haber concurrido a las piletas ubicadas en "La Salada" que como su nombre lo indica poseían aguas con tales características, visitadas por innumerables personas que acudían en busca de su acción terapéutica. Avanzado los años 60 algunos Clubes, como el caso de Temperley o especialmente Los Andes en su sede social de la avenida hoy Hipólito Yrigoyen tendrían sus propias piletas a donde concurrir muchos de los vecinos del barrio.

En el calendario haría luego su aparición la "Semana Santa", tradicional festividad religiosa que se produce en los meses de marzo o abril según los años. Si recordamos someramente como eran aquellas festividades, veremos de inmediato las grandes diferencias con la actualidad. Era famoso el dicho que se trataba de "fiestas de guardar", queriendo significar con ello que se trataba de momentos de recogimiento, se lo realizara en el hogar o en la iglesia.

Las costumbres en la vida diaria también exhibían rasgos especiales. Terminado el carnaval y su ceniza, se llegaba a la cuaresma, y la última de estas se denomina Semana Santa, que va desde el domingo de Ramos hasta el de la Resurrección, con los rezos y oficios que se celebran durante su desarrollo, culminando con las Pascuas de Resurrección.

Ritos que provenían de la colonia y los que traían consigo las masas inmigratorias, con sus creencias y la devoción por sus santos, aceptándose la diversidad que ello entrañaba, tenían, año a año, su demostración en las conductas y actividades de las familias y de cada uno de sus integrantes.

Así se veía a la ama de casa en largas colas desde el día jueves en la compra de pescado, o adquiriéndolo al “pescador” que pasaba con su carro, o al que lo proveía en la feria del día jueves, y con ello cumplir estrictamente la prohibición de utilizar elementos cárneos en la preparación de la comida. Tenía una connotación de formas de creencias o de sus expresiones, pues la mayoría de ellos no probaban pescado en el resto del año, salvo aquellos que siempre lo ingerían como producto necesario para una alimentación correcta y con variadas vitaminas.

Generalmente la compra trataba del filete de merluza, aún cuando otros elegían otro tipo de pescado, y eran pocos los que accedían a mariscos, casi desconocidos en aquellos tiempos para la mayoría de la población, salvo los que llegaron de países donde forma parte de la mesa familiar.

Otro indicador de que habían llegado las festividades santas eran los programas de radio. Todos, sin excepción, difundiendo música sacra durante los días jueves, viernes y sábado hasta llegar a la mañana del domingo con la resurrección. Ninguna emisora transgredía la norma no escrita y durante su desarrollo hasta los programas diarios dejaban de emitirse para dar lugar a los temas musicales. Con los tiempos ello dejaría paso a menos días de difusión de música sacra, para dar lugar a “música ligera”, para más tarde abandonar totalmente tales parámetros, continuando cada emisora de radio o televisión con su programación habitual.

Otro de los ámbitos que se diferenciaba del resto del año, era el cine y las películas que pasaban por sus pantallas, todas relacionadas con la historia de Jesús, los apóstoles, María, José y los romanos, con cada uno de los títulos y de los actores y actrices más famosos de la época y temas como el “La última túnica” primer película en cinematografía. También ello iría perdiendo vigencia con el paso del tiempo, especialmente con la llegada de la televisión, y hoy día solo en algún canal suelen pasar este tipo de películas durante los días de semana santa.

Muchas familias también concurrían a la iglesia catedral de Lomas pero también, en nuestro a la Capilla Santa Teresita, comenzando con el domingo de Ramos y sus ramas de olivos para ser bendecidos, continuando los días jueves, viernes y sábados, para finalizar el domingo con la Pascua de Resurrección. Hoy son menos quienes continúan con dichas tradiciones, salvo aquellos que ejercitan su creencia religiosa

El mediodía del domingo reunían alrededor de la mesa familiar a todos sus integrantes y en ella festejaban las Pascuas con comidas propias de festividades especiales. Hoy ello no se ve reflejado de la misma manera. En primer lugar las familias son menos numerosas que antaño y cada cual se reúne con sus más íntimos. Además en los últimos 15 o 20 años, con la aparición de los viajes de “feriados largos”, muchos parten hacia distintos destinos, desde el miércoles o jueves hasta la terminación del domingo.

Avanzando en el año se tendrían las fiestas de las conmemoraciones patrias, que en esos tiempos alcanzaban una suma importancia y donde los padres acompañaban a su hijos en cada acto escolar, donde las maestras con devoción habían preparado cada uno de esas festividades y donde todos, sin hacer simples

muecas, entonaban con unción las canciones patrias. Luego el colegio los agasajaba muchas veces con un vaso de chocolate y alguna factura, para luego partir hacia sus respectivos hogares.

Pero también esas fiestas se desarrollaban con gran afluencia de vecinos en las plazas del barrio o del centro de la ciudad para participar de los actos festivos y actuaciones de distintos conjuntos folklóricos o el desfile de las fuerzas armadas o de los gauchos vestidos para la fiesta y que recordamos partían de la calle Frías y pasaban por el barrio rumbo a la plaza Grigera.

Los juegos de los chicos eran simples y austero como la época. Los chicos en sus tareas colegiales y cuando ellas terminaban jugando en el patio de la casa, en la vereda, aún en las calles de tierra, de adoquines y también en el infaltable terrenito del barrio. “Alisemos la tierra y hagamos el hoyo” le decía Ricardo a Pedro, y agregaba “te juego la lecherita” cuando ambos se disponían a jugar a la bolita, uno de aquellos juegos de la niñez, o tan solo a pocos metros de ellos, Cacho y Juan libraban una encarnizada lucha por arrimar sus figuritas contra la pared y obtener como trofeo las esfingies del Chueco Fangio, del Aguilucho Galvez, del “Pelado” Pescia, de Pontoni, Martino ó Boyé, entre otros. Luego irían a parar al albún que se debía completar para obtener un premio o tan solo para exhibirlo orgulloso ante los amigos.

“Hoy campeonato de balero”. Técnica y astucia para embocar simple o florido, otra de las materias a rendir en el barrio, o entre barrios. O el rango y mida para demostrar quien alcanzaba la mayor distancia y elegancia en el salto. Ir a juntar las cañas de bambú y recortarla prolijamente, en dos o cuatro partes, hacer el engrudo con la harina de mamá y en el kiosco de la esquina papel “barrilete”, y el hilo sisal, lo cual nos permitiría confeccionar la bomba, la estrella o un sinnúmero de figuras que luego remontaríamos en el terreno cubierto muchas veces yuyo como ocurría en la hoy Plaza Libertad, donde también solía aparecer la calesita en el barrio, con su pariente el organito, llegando de la mano de los hermanos Lasalvia, por supuesto con el caballo que le servía de locomoción y que luego se suplantaría, como ocurre hoy con regeantada por Claudia Salimena, por el motor naftero o eléctrico y el mecanismo que movía en sentido vertical y armonioso al caballito. Con su producción en serie a partir de 1943 y el tocadisco que nos traía la música con los tangos de De Angelis o los boleros y choros venezolanos en la voz de Gregorio Barrios nos prenderíamos del caño para poder sacar la sortija, invento nacional, y así dar una vuelta gratis, y a la vez servía de gancho para pedirle a papá, a mamá o al hermano mayor que “nos sacara otra vueltita”.

Pero también creo recordar, luego de haber pasado tanto tiempo, que en algún momento llegó al barrio la gran carpa del circo, quizá con unos pocos y famélicos animales mal alimentados pero con el infaltable, inefable e innoto payaso que quería emular al payaso Brown o a Pepino el 88 entre los más pobres.

Pero cualquiera de estos divertimentos, de los tantos que existían, sucumbían, aún en los tiempos de la modernidad, ante el rey que nunca ha perdido su trono: el FÚTBOL.

Desde la pelota de trapo, con medias conteniendo el relleno, que supo conocer el cine en la obra de Armando Bó, pasando por la de goma para rebotar contra la pared o para jugar “al cabeza”, la de cuero con tiento y cámara que había que emparchar cuando se pinchaba, y que cuando se mojaba o se jugaba en el barro mejor no cabecearla, hasta llegar a las modernas, hoy día plastificadas, con menor

peso y mayor velocidad de desplazamiento. Siempre ella ha sido la novia añorada que ha acompañado el sueño de tantos chicos con aspiraciones de “crack”.

Para algunos los “reyes magos” era el momento de obtenerla, y quizá a algunos también les llegaba el equipo con pantalón y camiseta del club de sus amores, a los menos lo zapatos con tapones y las rodilleras para que aspiraran a emular al gran Amadeo. Las mañanas gloriosas del 6 de enero nos veía con sus indumentarias o con lo que recibíamos, previo pasto y agua para los camellos, dándole a la redonda en el patio, en la canchita y aún en el empedrado. Todo ello se ha visto reflejado en la obra de Reynaldo Yiso y de Iván Puey que el 22 de marzo de 1945 Pugliese llevara al disco con la voz de Chanel y que el 14 de junio lo emulara Tanturi con Campos, en el “Sueño del pibe”.

El juego se desarrollaba para los pibes del barrio cuando volvían de colegio o terminaban los “deberes”; allí se veían invadidas las veredas, o aún las calles con poco tránsito, pero principalmente el terreno de la esquina, en este caso la que ocupa la Plaza Libertad. Recuerdo con cariño que viviendo en otro barrio (Necochea entre Colombres y Mitre) iba a visitar a mis abuelos y ahí me prendía con los chicos del barrio en la tenida futbolística y luego con Oscar Isse íbamos a su casa donde su mamá “Clarita” nos agasajaba con el café con leche y el pan con manteca y azúcar.

Por su parte el juego de las niñas pasará por las muñecas, el trompo, la rayuela, las figuritas, aún cuando algunas participarán del juego de sus hermanos o primos varones y en muchos casos con mayor aptitud que ellos. Las mayores admiraban a los galanes del momento, esperando sus quince años o el primer baile con la llegada del “príncipe azul”. En esos tiempos aún existían tales expectativas. Luego los cambios de costumbres derribarían esos sueños y la modernidad aceleraría el proceso, alcanzando en edades prematuras, realidades propias de otros períodos. Vida simple, sin grandes cambios, pero que permitía el disfrute de lo diario y de las pequeñas grandes cosas de la vida.

La gran mayoría, especialmente los más jóvenes, esperaba la llegada de la primavera para ocupar el espacio público con fiestas populares organizadas por las municipalidades, entidades barriales y en muchos casos auspiciadas por empresas como las famosas que organizaba “Jabón Federal”.

Recuerdo los que en la intersección, de las calles Necochea y Rodríguez, también conocida como avenida Pavón, luego Juan Domingo Perón, hoy Hipólito Yrigoyen, con Laprida, donde se levantaba un gran palco con masiva concurrencia popular para escuchar la voz de Héctor Wilde “Bolazo” presentar a los artistas del programa Jabón Federal, en especial a su artista principal, Alberto Castillo y sus negros candomberos, un gran éxito de público en las décadas del 40 y el 50. También con posterioridad haría la presentación un locutor de Lomas de Zamora pero principalmente un amigo que vive desde siempre en el barrio, que luego actuaría principalmente con Sojit en Radio Splendid, Roberto Daoiz, sobrino de Emilio Isse, que como mi viejo, Emilio o la mayoría de los que vivimos en el barrio portamos el sufrimientos de ser hinchas de Los Andes.

Grandes multitudes acudían a esas fiestas populares, como también los bares, como el “Avenida” y cervecerías como “La Munich” comenzaban a poner sus mesas en las veredas para el consumo y el relax de las gentes, que en esa época lo hacía masivamente. También comenzaban las veladas de boxeo al aire libre en los clubes de barrio o en la sede social de Los Andes las noches de los viernes con el gordo Astarita como manager, o el “Lomas Park” de Oliden entre la avenida y Sarmiento,

donde brillaron “Espinaca” Pons o “Bolita” Ochoa. Los sábados por la noche eran días de bailes.

Los bailes eran invitado infaltables en las pistas de los clubes, que a su vez servían para la práctica del básquet, o del papi fútbol. En esas pistas de cementos o baldosas, y algunas pocas de madera, se escuchaba el compás de algún tango o música de jazz o tropical, al son del cual danzaban las parejas, como también servían para festejar el doble de algún emulo de Furlong o Viau, con ínfulas de trascender al barrio. Era el escenario ideal para que los más chicos comenzaran con sus carreras de posibles futbolistas que algún día pudieran cumplir el “sueño del pibe”. Pero ello más allá de toda su actividad constituía un lugar común de reunión y principalmente de contención social, orgullo de cada institución.

También los follajes de las madre selvas o las parras comenzaban a cubrir el cielo del patio familiar y a su sombra el mate allí era señor, acompañando la charla cansina de los sucesos diarios, se trataba de los familiares, del barrio o de lo que pasaba en el país.

Cada jueves, aún en la modernidad, en cualquier temporada del año se ve llegar a las vecinas del barrio con sus bolsas o “changuitos” a la feria del barrio, se encuentre ubicada en la calle Alvarez Thomas entre Gorriti y Laprida o cuando cambia de lugar en Posadas entre Loria y Gorriti, y aún cuando hoy ha disminuido su importancia de número de puestos o cuadras en que está ubicada, como ocurría en otros tiempos con en la calle Alvear entre Laprida y Saénz.

Esas vecinas además de la compra la utilizan para seguir relacionándose con las demás compradoras y con los puesteros, se trate del verdulero, carnicero, papero, tendero, pescador, o el de venta de plantas, muchos de los cuales lo hacen desde hace muchos años o son sus descendientes, aún cuando hay también han llegado comerciantes provenientes de otros países, especialmente bolivianos, y al que hemos concurrido alguna vez acompañando a nuestros mayores o haciendo nuestras propias compras.

Todas estas significaciones exhiben una forma simple de ejercer nuestra vida en esta parte del planeta que nos ha tocado habitar y donde seguramente como ha ocurrido con nuestros mayores, han de quedar nuestros recuerdos que receptorán y ha de acrecentar nuestros descendientes, pese a todo tipo de globalización y cambios generacionales, pues la identidad de un lugar en el mundo es aquel que hemos elegido para construir nuestras diarias realidades que enhebradas con la de los demás espacios geográficos del país conducen a la construcción de la nacionalidad.